

durante la celebración del trigésimo aniversario de la muerte de Isabel, se acuñara el eslogan que decía que no es digno de llamarse peruano quien no la ame².

El personaje de Santa Rosa ha sido objeto de numerosas interpretaciones realizadas desde múltiples perspectivas: la histórica, la teológica y en las últimas décadas también la psicoanalítica o la feminista, por mencionar sólo algunas. A los investigadores contemporáneos les sigue intrigando la figura de la asceta que, según las palabras del historiador americano Ronald J. Morgan, de su cuerpo femenino, al cual negaba “gratificaciones de dieta sana, sueño o relaciones sexuales, hizo un texto religioso.”³ A la luz del día sale el complicado juego de intereses que acompañó a su proceso de canonización y a la difusión de su culto, que iba desde las aspiraciones emancipacionistas de los habitantes criollos del Nuevo Mundo y la política de la Corona española. El deseo de esta última era ver en los altares a una mujer que, aunque nacida en América, era de padres españoles, lo cual en aquellos tiempos se ponía de manifiesto decididamente, aunque no completamente conforme a la verdad⁴. Tampoco cae en olvido el culto universal que ya durante su vida rendía a Rosa el pueblo; ni, por último, si bien no menos importante, las intensas y eficaces gestiones de la Orden de Predicadores que deseaba ver a una terciaria suya incluida en el canon de los santos y elevada a los altares.

Isabel Flores de Oliva fue beatificada en el año 1668 por el papa Clemente IX. El 30 de octubre de 1669 el papa extendió su culto a España. Menos de un año después Clemente X introdujo el culto de Santa Rosa en la Mancomunidad de Polonia-Lituania⁵. Este acontecimiento tuvo lugar unos días antes de establecer el día de la festividad de Santa Rosa en todos los países sometidos a la autoridad de los Habsburgos españoles y de proclamarle patrona “Universal y Principal de toda la América y dominios de España”. El 12 de abril de 1671 Isabel fue canonizada. Desde aquél entonces, casi simultáneamente en Madrid, la andina Potosí, Vilna o Cracovia, el nombre de la mística y asceta nacida en Lima empezó a evocarse ya con el beneplácito oficial de la iglesia para pedir su intercesión ante Dios. Santa Rosa fue elevada a los altares, en los cuales pronto empezaron a aparecer sus imágenes. Como acabó demostrando el tiempo, la peruana jugaría su papel, de ningún modo mediocre, también en el país del Vístula.

Conviene entonces analizar cómo la gente en la Mancomunidad se imaginaba a la santa. No resultará sorprendente si, ya de entrada, admitimos que los dominicos fueron los que jugaron el papel principal en la propagación del cul-

² GRAZIANO 2002: 15.

³ MORGAN 1998: 11, [según:] ESPÍN 2005: 10.

⁴ GRAZIANO 2002: 17.

⁵ MUJICA PINILLA 2001: 389.